NOTAS FUNDAMENTALES DEL HOMBRE ESPAÑOL

LUIS BARAHONA JIMENEZ

Vamos a estudiar aquí los caracteres más cognotados del español, tomando como base las observaciones de algunos autores que se han detenido a estudiarlo, tanto en su devenir histórico, como en las formas que normalmente adopta su conducta en su vivir cotidiano. Al final cerraremos este artículo mediante una síntesis, lo más objetiva posible, de estos caracteres, basándonos en los puntos coincidentes de los autores que a continuación citamos, así como en nuestras observaciones personales.

Hay en Menéndez Pelayo una abundantísima variedad de textos donde va dejando sus ideas, sus personales observaciones, extraídas fundamentalmente de su titánica labor crítica, sobre las notas más señaladas del carácter español. Allí nos habla de la inquietud y apasionamiento de la raza; de su orgullo, su dureza y tenacidad; de su "grandeza inicial y lucidez pasmosa para sorprender ideas; y de su poca calma, poca atención para desarrollarlas". También se refiere a los elementos anárquicos y desbocados del español, así como a la tendencia suya al armonismo, en virtud del cual explica Menéndez Pelayo la acogida dada en España al krausismo.

Laín Entralgo escribe a este propósito: "Una de las más acuciantes preocupaciones del Menéndez Pelayo polemista es aprehender y definir las tendencias distintas en que se expresa y diversifica la actividad intelectual del "genio español". No se ocupó, ciertamente, en exponer de modo sistemático una concepción de nuestra historia como actualización espontánea o contrariada del conjunto de nuestras tendencias ingénitas; una lectura atenta de su obra permite, no obstante, recoger y ordenar las que él fué distinguiendo en diversos momentos de su vida. Pensó don Marcelino que en el ESTILO CASTIZO de la producción intelectual española cabe aislar las siguientes inclinaciones nativas: el sentido práctico y activo, el armonismo y el espíritu crítico. Estas serían las tendencias fundamentales. Junto a ellas cabría poner una peculiar viveza en el sentimiento del propio YO, y, cuando la voluntad y la mente se desvían de la ortodoxia católica, la propensión al panteísmo, "porque el pensamiento español es lógico hasta en sus aberraciones" 1.

No podemos adherirnos al planteamiento que Menéndez Pelayo formula aquí, sea implícita o explícitamente basado en su casticismo romántico, influído poderosamente, como muy bien lo ha hecho notar Lain, por la filosofía de Hegel sobre el "genio de la raza" o "espíritu del pueblo" (VOLKSGEIST). Tampoco nos parece acertada, ni demostrable, la pretendida propensión al panteísmo del pensamiento español. Nos limitamos a consignarlas para los efectos del estudio que

¹ P. LAIN ENTRALGO. España como problema, en Ensayistas Hispánicos (Madrid, Aguilar), II, 167.

estamos realizando, a fin de contrastarlos luego con los puntos de vista de otros autores.

Pasemos ahora al más cognotado representante de la generación del 98, Don Miguel de Unamuno, para ver su peculiar punto de vista sobre el tema que nos ocupa. Decía Don Miguel que el dogmatismo y el espíritu inquisitorial eran caracteres castizos, más bien que manifestaciones provenientes del espíritu cristiano. También habla de una fusión entre el sentimiento patriótico y el religioso, operado, posiblemente, por las largas luchas contra el infiel; si bien en otra parte, y quizá con un sentido algo diferente, anotal que el patriotismo español no tiene aún carácter religioso. Este sentimiento religioso, piensa Unamuno, animado por la idea del unitarismo conquistador, de la catolización del mundo, obra de Castilla, dió origen a la acción exterior de España y al destino posterior de su historia. Sin detenernos ahora en lo acertado o no de la tesis fundamental del gran vasco, consistente en distinguir lo histórico de lo intrahistórico, aparece claro el carácter del español en cuanto separa lo real de lo ideal, identificados con los dos personajes más españoles de su literatura, Don Quijote y Sancho: "disociación entre idealismo y realismo... Nuestro ingenio castizo es empírico o intelectivo... Pueblo fanático, pero no supersticioso... Sensitivismo e intelectualismo, disociación siempre".

"Esta invencible tendencia disociativa del castellano determinaría la índole del estilo literario castizo, la forzosa disyuntiva entre retórica oratoria y retórica dialéctica, el dilema que para el español constituyen la brusquedad y la indolencia, la dualidad polar de nuestro libre arbitrismo y nuestro fatalismo, el individualismo castizo y su secuela, nuestro anarquismo absolutista, así como las peculiares actitudes del español histórico y literario frente a todos los ingredientes de la vida humana: el trabajo, el botín, la aventura, la caridad, la justicia, el amor, los vínculos familiares, las relaciones de hombre a hombre, la ordenación de convivencia política y social, el honor, la religión, el saber"². La religión, piensa Unamuno, fué concebida como un todo aparte y enfrente del otro todo constituido por la realidad. De tal modo que el pueblo vivía así dentro de un maniqueismo que sólo se supera por el CONGRUISMO de los teólogos, si bien en forma artificial. Pero por encima de este formulismo se levanta el potente vuelo de los místicos, mostrándonos la profunda realidad humana de los españoles, la "casta íntima y eterna"; en ellos, "parece se fundieron el espíritu quijotesco y el sanchopancino en un idealismo tan realista, como que es la idealización de la realidad religiosa ambiente en que vivía" 3. Tales son las notas más características del español, en el pensamiento unamunesco.

El tema de lo español lo encontramos también en Ganivet en forma coincidente en lo esencial con el de Unamuno, al menos en el esquema, hermenéutico y estimativo, ya que son estos autores los únicos en quienes aparece una doctrina expresa y sistemática de la historia de España, como dice Laín.

Otro tanto cabe decir de los demás escritores representativos de la Generación del 98, como Azorín, Valle Inclán, Baroja, Antonio Machado. Por lo que es preferible prescindir de su referencia, para no repetir conceptos en los que tan solo varía el matiz, pero no el fondo, en el que están de acuerdo todos ellos.

² Op. cit., 173-5.

³ En torno al casticismo, Ensayos, I, 57.

Sin embargo, es conveniente destacar aquí algunos rasgos fundamentales en los cuales puede definirse la figura total del hombre español, según lo quieren los hombres de esta generación.

El primer rasgo lo da su ímpetu pasional. El español es hombre de pasión, Su imagen puede representarse en la del toro, al menos en su aspecto dinámico; pero también reviste otros matices que han sido estudiados en la literatura, la pintura, la imaginería, la danza, la música, la mística, etc. Por donde se ve claramente que la pasión matiza todos los órdenes de la vida hispánica, desde los movimientos primarios, hasta los arrebatos de sus místicos y santos, sobre todo en aquella "llama de amor viva" del poeta de Fontiveros. El español es, pues, hombre apasionado por la vida y por la inmortalidad. "La sed de vida y de inmortalidad eterna sería, quizá, una nota fundamental de nuestra "casta íntima", subyacente a todas las ocasionales figuras de todos nuestros casticismos históricos. Así parece pensarlo Unamuno" 4.

En LA VOLUNTAD, Azorín destaca el espíritu místico, errabundo, tumultuoso, desasosegado, trágico. Ganivet se detiene a considerar las peculiaridades del hombre español, más o menos en la forma que los sintetiza Laín, resumiendo el pensamiento ganivetano entre proposiciones distintas: "Primera: el español tiende al contacto inmediato con hombres y cosas. En consecuencia, huye de los modos de relación "por fórmulas" y apenas los comprende. Tal sería el denominador común de su tendencia a "pelear siempre muy cerca del enemigo", de la estimación popular española del crédito y de la propiedad, de la escasez de ciencia natural especulativa en la historia de nuestro pensamiento, de la pobreza de nuestra técnica, de la vivencia española de la Ley y de la justicia, etcétera. Segunda: el español, por obra de nuestro nativo temple, no ha olvidado jamás, así en la expresión oculta como en la costumbre, la dignidad que hay en ser hombre: "Mantente de tal modo firme y erguido que al menos se pueda decir siempre de ti que eres un hombre"; tal sería la raíz del senequismo. "Esto es español...", apostilla Ganivet. Tercera: el español tiende a moverse en dos campos extremos, el de los hechos reales, sensorialmente perceptibles (realismo español, polo activo de nuestra operación), y aquél en que esos hechos cobran último sentido (mundo del arte y de la religión, misticismo español, polo contemplativo de nuestra operación)"5.

Vengamos ahora a Ramiro de Maeztu y tratemos de captar su pensamiento en torno al concepto del hombre español, tal cual lo presenta en la segunda fase de su evolución espiritual, pues la primera cae de lleno dentro de la temática propia de la generación del 98.

Puede decirse que los temas que dominan en la obra de Maeztu, "DE-FENSA DE LA HISPANIDAD"; son los vinculados al problema ético y religioso. Por eso se detiene un gran espacio a destacar los valores positivos del español considerado como tal sujeto ético y religioso. Así repite a Ganivet en todo aquello que se refiere a su trasfondo senequista, al concepto de la hombredad española, "porque, dice, ni nos abate la desgracia, ni perdemos nunca, como pueblo el sentido de nuestro valor relativo en la totalidad de los pueblos del mundo" 6.

⁴ Op. cit. 209.

⁵ Op. cit, 151.

⁶ RAMIRO DE MAEZTU, Defensa de la Hispanidad. (Madrid 1951), 62.

Pero agrega un poco más adelante: "Lo que no hacemos los españoles, y en esto se engañaba Ganivet, es suponer que tenemos dentro de nosotros una fuerza madre, algo fuerte e indestructible, como eje diamantino... Lo que ha sentido siempre nuestro pueblo en las horas de fe y en las de escepticismo, es su igualdad esencial con todos los otros pueblos de la tierra". Pero entiende que en el anhelo inagotable de eternidad y de poder se encuentra esa fuerza madre de que habla Ganivet 7.

Para Maeztu este concepto del hombre es de origen religioso y está basado, sobre todo, en la posibilidad de salvación de todo el Género Humano; pero está efectivamente en el corazón de todos los españoles. La estimación del hombre en cuanto es portador de un alma cristiana que puede salvarse, está unida indisolublemente con la estimación de los valores absolutos: "El español cree en los valores absolutos o deja de creer totalmente". "Para nosotros se ha hecho el dilema de Dostoyewsky: o el valor absoluto o la nada absoluta" 8. Por eso cree que el español no podrá nunca contentarse con los ideales relativos de riqueza, cultura, seguridad o placer.

De aquí proviene la religiosidad del pueblo español, de un deseo de eternidad, no por temor a la muerte, sino por la estimación preponderante de los valores eternos. Y la obra de España en el mundo no es sino la aplicación de esos valores al plano de la vida en la persona de nuestros semejantes, un deseo de proporcionarles esa sed de inmortalidad y de enseñarles a conquistarla por sí mismos, si bien con la ayuda de Dios.

Y en otra parte escribe: "Si ahora vuelven algunos espíritus alertas los ojos hacia la España del siglo XVI es porque creyó en la verdad objetiva y en la verdad moral. Crevó que lo bueno debe ser bueno para todos, y que hay un derecho común a todo el mundo, porque el favorito de sus dogmas era la unidad del género humano y la igualdad esencial de los hombres, fundada en su posibilidad de salvación" 9. Como Unamuno, nos dice también que el carácter español se ha constituído al través de la larga lucha entablada contra los árabes: "Frente al fatalismo musulmán se ha ido cristalizando la persuasión hispánica de la libertad del hombre, de su capacidad de conversión" 10 "Frente a los judíos, que son el pueblo más exclusivista de la tierra, se forjó nuestro sentimiento de catolicidad, de universalidad" 11.

Como una continuidad del pensamiento de Maeztu hemos de ver el de García Morente, el autor precisamente de la IDEA DE LA HISPANIDAD. Morente empieza por preguntarse en qué consiste la hispanidad. Pero nota enseguida que es imposible lograr establecer las notas de la hispanidad. Lo único que puede alcanzarse es despertar la vivencia de lo hispánico.

Entre estas vivencias aparece, en primer lugar, la identificación de lo hispánico con la religión cristiana. "Ser hispánico, dice, es ser cristiano. Mas no solamente como lo es todo cristiano en el mundo, sino de un modo especial, de un modo que pone el acento y subrayado con preferencia en algunos rasgos del cuadro" 12.

⁷ Op. cit. 65.

⁸ Op. cit., 71. 9 Op. cit. 200.

¹⁰ Op. cit., 210.

¹² MANUEL GARCIA MORENTE, Ideas de la Hispanidad, (Madrid, 1940), 140,

A este modo de ser cristiano que corresponde al español, llama Morente, ESTILO: Con ello no quiere decir que éste sea un modo de ser inmutable, pues siendo el hombre un ente libre, puede realizar, y de hecho realiza, muchos estilos a lo largo de la historia, ya que "La historia universal es propiamente el descubrimiento, la realización existencial de las posibilidades de ser ínsitas en el alma humana" 13. Más adelante repite el concepto de la intrahistoria tan caro a Unamuno, cuando dice que "La España que queremos definir y simbolizar no es la que en la Historia se ha hecho, sino la que ha hecho la historia. No es un cuerpo, no es el cuerpo de España en tal o cual momento de su historia, sino la íntima fuerza que propulsa la historia, la energía morfogenética que crea todos y cada uno de los contenidos de la vida española actual y pretérita" 14. Luego busca en la lucha multisecular con el moro la ocasión donde fue fundiéndose, labrándose el ser de España, "por puro esfuerzo bélico", "a la punta de la espada cristiana".

Ahora bien ¿cómo definir el ser hispánico ¿Cómo saber qué es lo que hace que algo sea hispánico y que otra cosa en cambio no lo sea? ¿Cómo saber lo que constituye el modo de ser del "hombre hispánico"? "Para ello, dice Morente, no tenemos asidero en nada previo, en ninguna clasificación general del hombre o de los "tipos" de hombre. Lo único, pues, que podemos hacer es partir de los hechos —historia concreta— realizados por ese tipo humano y de su trayectoria vital en el tiempo histórico; y desde esa exterioridad determinada y natural, intentar la fijación de las relaciones puras entre los elementos de su vida anímica, llegando así a una vida de su espíritu y al símbolo adecuado de su estilo" 15.

Ya se sabe que el símbolo adecuado lo encuentra Morente en EL CA-BALLERO CRISTIANO, cuya característica fundamental es la de hacer de su vida toda una faena de eternidad, un cuidado permanente de salvación eterna. Una última cita nos permitirá comprender todo el alcance que da este BIOS implantado en Dios, que es su suprema razón y justificación, y la nota, digámoslo así, determinante del CABALLERO CRISTIANO. En efecto, dice Morente que "lo que con la palabra VIDA designamos contiene, entre otras muchas cosas, un elemento dinámico de esfuerzo, de acción. Vivir es hacer, esforzarse por, tender hacia. También podríamos decir que vivir es vivir para algo. Ahora bien; ¿qué es ese algo para lo cual se vive? ¿Qué es eso que la vida hace o a lo que la vida se esfuerza y tiende? Caben dos contestaciones -formales— y nada más que dos. La primera: que el algo para lo cual se vive a que la vida se esfuerza y tiende sea la vida misma, esté en la vida misma. La segunda: que el algo a que la vida tiende y se esfuerza no sea la vida misma, ni esté en la vida, sino fuera de ella. El hombre hispánico pertenece —sin vacilación posible— al segundo modo, al que confiere a la vida un sentido trascendente. El hombre hispánico no considera que vivir sea vivir para vivir, ni vivir para algo que esté dentro de la vida, sino que pone la vida entera, la propia v aun la ajena, al servicio de algo que no es la vida misma, ni está en la vida. Ese algo que, para el hombre hispánico, constituye el fin y, por lo

¹³ Op. cit., 182.

¹⁴ Op. cit., 193. 15 Op. cit., 245.

tanto, también el sentido de la vida, es la salvación del alma, la gloria de Dios... Porque lo típico del hombre hispánico es, por decirlo así, su modo singular de vivir, que consiste en "vivir no viviendo", o dicho de otro modo, en "vivir desviviéndose", en vivir la vida como si no fuera vida temporal sino eternidad" ¹⁶.

Preguntemos ahora cuáles son las otras notas que completan, según Morente, el ser del hombre español. En primer lugar, nos dice que el español tiene un alto concepto de la persona, y por lo mismo no reconoce otra jerarquía que la fundada en el valor de la persona humana. Por eso exige en sus jefes dotes y prendas de alto sentido ético, de condiciones reales para el mando. Una vez en posesión de un jefe, se adhiere a él, como encarnación que es de los valores que más estima, con absoluta lealtad. De esta virtud, se sigue, el menosprecio por los valores secundarios, y su preferencia por lo grande, por los hechos hazañosos; de aquí también la sobriedad, virtud tan española, su desprecio por las cosas materiales, su capacidad de sacrificio y abnegación. Todo esto explica el hecho de que "El español ha sabido realizar con maravillosa naturalidad y sencillez la síntesis más difícil que pueda imaginarse: servir con dignidad, estar en su sitio sin humillación ni vergüenza y desempeñar con desenvoltura y gravedad al mismo tiempo los más humildes menesteres" ¹⁷.

Todas estas cualidades del caballero van, continúa diciéndonos Morente, en resumidas cuentas, a parar a una característica fundamental: la afirmación enérgica de la personalidad individual. El caballero español se siente vivir con fuerza; se sabe a sí mismo existiendo como un poder de acción y de creación. El caballero español es regularmente una personalidad fuerte. No cede, no se doblega, no se somete. Afirma su yo con orgullo, con altivez, con tesón; a veces con testarudez. Pero siempre con nobleza; es decir, sobre la base de una honda convicción y de una honrada estimación de la propia valía... Hay en lo hispánico -en los hombres, en las costumbres, en todo lo que contenga átomos de espiritualidad— una especie de poderío afirmativo, una capacidad de prevalecimiento, un poder de imperar y sobreponerse, que se refleja en los más menudos rasgos de la vida individual y colectiva" 18. "Esta estimación superior que el caballero cristiano concede a su personalidad individual encuentra su expresión y manifestación extrema en el culto del honor. El caballero cristiano cultiva con amoroso cuidado su honra. ¡Como que la honra es propiamente el reconocimiento en forma exterior y visible de la valía individual interior e invisible! 19.

Y como para el español "la personalidad privada es la única auténtica y real, la pública no significa sino la unidad abstracta de un cierto número de convenciones y de formas pertenecientes a todos y a ninguno; es decir, en realidad a nadie" 20. "Ahora bien; esta preferencia de la vida privada —de LEX PRIVATA— sobre la pública tiene, por otra parte, algunos inconvenientes. Es innegable, por ejemplo, la imperfección de que siempre han adolecido en España aquellas formas de vida que indispensablemente tienen que ser públicas. Así, en épocas normales, España es un país difícil de gobernar; porque obtener la

¹⁶ Op. cit., 247 y 248.

¹⁷ Op. cit., 72.

¹⁸ Op. cit., 76 y 77.

¹⁹ Op. cit., 81.

²⁰ Op. cit., 92.

obediencia a la ley no es fácil en un pueblo para quien la ley no es lo supremo, ni la vida pública la más alta norma. Cada español propende un poco a considerarse en efecto, como "privilegiado" y exento. Pues, ¿qué tiene que ver con Don Quijote la Santa Hermandad? En cambio, cuando en algún momento punzante de la historia las circunstancias aprietan a España y a los españoles, entonces ¡qué magníficos ejemplos de cohesión, de heroica abnegación, de disciplinada eficacia! Entonces la ley privada de cada español coincide y armoniza con la de todos los demás y se produce el caso de un país entero alzado en suprema tensión, para afirmarse radicalmente contra la amenaza a su nacionalidad ²¹. Y dejo así estractado lo más sustancial de García Morente en orden a la caracterología del español, para pasar inmediatamente a la obra de Don Ramón Menéndez Pidal.

En su Introducción a la monumental *Historia de España* que dirige, ha tratado Don Ramón con lucidez magistral de las propiedades del pueblo español, bajo el título de "Los españoles en la Historia" ²².

Los caracteres hispanos que Menéndez Pidal destaca, "como raíz de los demás", son los siguientes:

La SOBRIEDAD, dentro de la cual distingue: la sobriedad material, la sobriedad ética, el desinterés, la apatía y la energía; el humanitarismo, la confraternidad, la tradicionalidad y el misoneísmo. El IDEALISMO, que comprende: el sentido de la muerte como "comienzo de la verdadera libertad en lo eterno", la fama, la religiosidad. El INDIVIDUALISMO, que explica: el sentido español de la justicia, la equidad y la arbitrariedad, la benevolencia, la invidencia y la virtud selectiva, que señala como la clave de los momentos más gloriosos de la historia de España. Finalmente, cierra esta notable Introducción con un análisis de las virtudes y defectos colectivos, bajo el título de "Unitarismo y Regionalismo".

De la sobriedad dice que "es la cualidad básica del carácter español, que no depende de un determinismo geográfico castellano, y es tan general que, partiendo de ella, podemos comprender las demás características". Define esta sobriedad, con el galo Trogo Pompeyo, como una DURA OMNIBUS ET ADSTRICTA PARSIMONIA que se manifiesta ya en la antigüedad, o también, conforme al precepto senequista formulado en el SUSTINE ET ABSTINE, que llega hasta nuestros días, implícito en la concepción vulgar de la vida y explícito en el pensamiento de escritores y filósofos.

En realidad el insigne historiador de las letras hispánicas resume las notas que ya hemos recogido, espigando en la obra de los autores hasta aquí tratados, con la notable originalidad de buscar al final una a manera de síntesis superior en la que puedan fundirse estos caracteres en forma constructiva para el futuro de España. Por lo que habremos de tomar su estudio como una reafirmación de dichos caracteres y una prueba más de su validez en cuanto definen descriptivamente al hombre español. Ello nos exonera del trabajo que supone repetir conceptos, por más que vengan avalados con una nutrida documentación y hábilmente situados dentro de una amplia perspectiva histórica en la que Menéndez Pidal sabe dotarlos de palpitante actualidad.

²¹ Op. cit., 98.

²² Historia de España. Espasa Calpe, S. A., Madrid. 1954.

En relación con las observaciones de Menéndez Pidal cabe citar aquí a Juan José López Ibor. En su libro: "El Español y su Complejo de Inferioridad" 23, dice que la envidia es "un vicio nacional". "Aparte la Mixión psicológico-moral que lleva implícito tal modo de expresarse, lo cierto es que la envidia responde a una peculiar estructura del español, más sensible siempre a los valores humanos que a los cósmicos", tesis sobre la que insiste reiteradamente en este libro 24. Y concretamente hace el siguiente comentario sobre el análisis de Menéndez Pidal: "Menéndez Pidal, dice, insiste de nuevo, con gran acopio de testimonios históricos, sobre la sobriedad como carácter del español. Yo no estoy seguro de que la sobriedad del español pueda servir de paradigma de la que necesita el hombre actual; pero no puedo tampoco negar la posibi lidad. ¿Es la sobriedad un carácter primario del español? ¿O es un carácter secundario, es decir, una sobriedad por impotencia? El español que vive altivo en su meseta, en plena naturaleza hosca, casi esteparia, encuentra dura la posibilidad del goce material. El español del litoral, ya no es tan sobrio, por lo menos con sobriedad física. Pero persiste en él un regusto de altivez que es sobriedad ante la vida. El que se halla poseído por el ansia de satisfacciones elementales no es nunca altivo. En la altivez del hidalgo existe una gran sobriedad. La sobriedad del vivir para sí y para la eternidad" 25.

También se recoge en este libro de López Ibor la nota senequista en los siguientes términos: "El español: hombre vertical. Hombre de esencias. Posición erecta, dura y difícil ante la vida, raíz de sus heroísmos y madre de sus desgracias. Toda la historia de España es así, angulosa, agreste, como hecha de tirones bruscos de glorias y decadencias. Pero siempre se ha manten do vertical, como un mástil inasequible a todos los vendavales y a todas las seducciones" ²⁶.

Y hablando de "que la vivencia de la sustancialidad del espíritu constituwe una nota característica del alma española", escribe: "No decimos, pues, que el hombre español tenga una parte espiritual, puesto que esta la tienen todos, sino que la siente gravitar de un modo especial, totalmente peculiar a él. Este modo especial de vivencia nos aclararía muchos hechos, por ejemplo, el eterno providencialismo del pueblo español, que en definitiva, no es sino un modo peculiar de sentir lo trascendente" ²⁷.

Se refuerza muy significativamente esta vivencia de la sustancialidad del espíritu. Según López Ibor, con el hecho de "que fuesen mentes españolas las que en el primer Concilio ecuménico definiesen la sustancialidad del Hijo, etc.". Argumentos todos estos que podrían completarse con los que trae Laín Entralgo en su obra ya citada, donde opone, a la idea de que el español no tiene una visión "sustancial" de la realidad, idea sostenida por Américo Castro, el argumento tomado del lenguaje popular (la expresión "sustancia de gallina", "salsa sustanciosa", "hombre sustancial", "hombre insustancial", etc.), el argumento tomado de la visión velazqueña de la realidad y el que se apoya en las "cosas"

²³ El Español y su Complejo de Inferioridad. Biblioteca del Pensamiento Actual, Ediciones Rialp. S. A. Madrid, 1951.

²⁴ Op. cit., 17. 25 Op. cit. 99 y 100.

²⁶ Op. cit., 127.

²⁷ Op. cit. 138 y 139.

pintadas por Zurbarán. De tal modo, pues, que toda realidad es captada por el español como "sustancia", siendo así la vivencia de la sustancialidad algo dominante en él.

Consecuencia de todo lo anterior es el hecho de que "La Revelactón adquiere para el español un significado quizá más profundo que para otros pueblos. Porque cree en ella y siente su necesidad en sus propias entrañas, tan vitales, tan cósmicas. El hombre que no siente la mordedura de la carne no tiene por qué redimirse. El que se cree natural e ingénitamente bueno no busca la ayuda de la divinidad para ser mejor. La gracia se convierte así en algo desvaído. En cambio, aquel que sabe que está hecho de barro y siente en su carne el aguijón de un mundo espiritual, necesita angustiosamente la Redención. Como ve su polvo y su ceniza, "nada en el mundo considera ajeno". Así es como el español sabe llamar, con férvida virtud, hermano, al hombre de color."

Y como gozó de la gracia inmensa de la Redención, quiere hacer a todos partícipes de ella" 28.

Finalmente, veamos cuáles son los rasgos fundamentales que señala Laín Entralgo en la constitución del carácter español.

Con Américo Castro, en su libro reciente "España en su Historia", afirma Laín "que el español genuino se distingue de los restantes hombres de Europa por la creyente instalación de su existencia entera en la "anhelante esperanza de alzarse a cimas y destinos prefigurados en la creencia misma", sea ésta relativa a la Divinidad o meramente humana ²⁹.

La realidad personal: se diría, nos dice, que el personalismo español descansa más resuelta y decisivamente sobre la entidad de la persona que sobre la operación en que esa entidad se realiza y manifiesta" ³⁰. Lo que quiero decir, agrega más adelante, es que, puesto en el trance de optar, al español ha solido importarle mucho más lo que él "es" que lo que él "hace". O, en otras palabras, ya que la existencia del hombre es constitutivamente proyectiva: más lo que se cree capaz de ser en este mundo y en el otro, que lo que efectivamente hace y hará en éste". Esta peculiaridad explica el orgullo español en las épocas de sus máximas derrotas, su individualismo, y aún más, el sentido del misticismo español, "an distante siempre de cualquier panteísmo" ³¹

La presencia de la muerte: "La historia de España, afirma Laín, no es, mirada en su conjunto —Reconquista, América, Contrarreforma, Guerra de la Independencia, guerras civiles—, sino un particular modo de hacer patente la condición naturalmente trágica de la existencia humana, cuando se ve obligada o se siente vocada a vivir de manera auténtica y en "situaciones límites": aquella en que late, más o menos entrevista, la posibilidad de la muerte, La gravedad española, el temple vital del hidalgo, la idea de que la línea de una conducta humana sólo puede ser recta "cuando pasa por las estrellas", y el tan sabido y comentado predominio de nuestras virtudes éticas sobre nuestras virtudes estéticas e intelectuales son, creo, otros tantos modos de existir sobre la tierra "usando de la muerte bajo el regimiento de la voluntad", para decirlo con la

²⁸ Op. cit., 140.

²⁹ Op. cit., 504.

³⁰ Op. cit., 506.

³¹ Op. cit., 506-507.

espléndida frase de Ortega. El hidalgo, la gran creación de España, vive como decía querer vivir nuestro poeta y capitán Francisco de Aldana:

sin que la muerte al ojo estorbo sea;

esto es, trágicamente. Así miran al mundo los ojos resueltos y aceptadores que se alinean en el ENTIERRO DEL CONDE DE ORGAZ; y así, a su modo, los que constelan de luceros negros tantos lienzos de Goya" 32.

La realidad sensible: "La actitud habitual del español frente a la realidad del mundo es a un tiempo sustantiva y sensorial. Frente al hecho muy c'erto, de que el español suele existir en la realidad según la esperanza que en ella tiene.., hay que poner, como contrapunto, otro hecho no menos cierto: la afección vehemente e incontenible del hombre hispánico al ejercicio de sus sentidos corporales, incluso frente a las realidades que no pueden verse ni oirse. Por eso ha hablado de una actitud a la vez "sensorial", y "sustantiva" ante el mundo, y por eso ha podido constituirse en tesis tópica el famoso "realismo español" ³³.

* *

Considero suficiente el material recogido en la literatura española más próxima a nosotros, que es la que más se ha preocupado por plantearse el problema del hombre español, para permitirme trazar un bosquejo del concepto aproximado del mismo, en el cual se recojan las notas en que haya acuerdo explícito, como más ciertamente existentes en la realidad del auténtico carácter español.

Voy a intentar, pues, resumir los puntos coincidentes hasta aquí expuestos por los diversos autores citados, formulando una clasificación de los caracteres del hombre español, que pueda servirnos, a manera de síntesis estructural, para elaborar el verdadero concepto del hombre hispánico.

Dichos caracteres son los siguientes:

- a) Caracteres de orden intelectual.
- b) Caracteres de orden afectivo.
- c) Caracteres de orden volitivo.
- d) Caracteres de orden sensitivo.
- e) Caracteres de orden social.
- f) Caracteres de orden moral.
- g) Caracteres de orden religioso.

Véamoslos:

CARACTERES DE ORDEN INTELECTUAL:

Hay en el español una capacidad intelectual de penetración rápida y certera (intuición), mediante la cual alcanza de un golpe la comprensión de hechos

³² Op. cit., 511-512. 33 Op. cit., 512,

intrincados, difíciles de ver por medio del discurso paciente, de la elaboración complicada, según los tradicionales sistemas lógicos. Esta intuición versa fundamentalmente sobre problemas de índole primordialmente humanos, sobre el aspecto ético de la vida. Cuando se trata de un conocimiento cierto sobre cuestiones de índole cosmológica o científica, lo mismo que si se trata de concepciones sistemáticas del pensamiento, suele llegarse de un salto a percibir la verdad, pero al no durar la actitud teorética, al no sentirse sostenida por la paciencia y el esfuerzo continuado, desaparecido el primer fulgor, desaparece también la posibilidad de la prueba, y, con ello, la conquista de la verdad científica, cosmológica, metafísica o simplemente metodológica. De aquí el que los españoles suelan aparecer como iniciadores en los diversos campos del saber, sin alcanzar, salvo muy contados casos, el rango de sabios, de filósofos, de científicos con valor universal. Es muy posible que esta actitud ante la ciencia se deba a otros factores psicológicos, tales como su impetuosidad, su genio indómito y su natural propensión a preferir los valores éticos sobre los valores cósmicos o meramente teóricos, y aún, cierta forma peculiar de sentir o vivir los valores religiosos, que les lleva a menospreciar la realidad externa, la ciencia de este siglo, por contraposición a la ciencia del "siglo futuro", que se resuelve en teología dogmática v en mística teología.

CARACTERES DE ORDEN AFECTIVO:

La impetuosidad pasional podría explicarse como una sobreabundante energía cuya raíz habría que buscarla, no en un fondo instintivo ciego, sino, más bien, en su fondo ético, en cuanto tiende a los valores eternos, únicos que pueden proporcionarle una satisfacción adecuada a los anhelos de su persona, que se traducen en fama, gloria y honor. Por eso busca una a manera de sublimación en el heroísmo. Esto explica su sentido agonal de la existencia, las formas trágicas que adopta con frecuencia cuando precisamente se juegan su fama, su honor y su gloria, y, sobre todo, los valores cumbres que compendian su concepto tradicional de la vida: la Patria y la Religión.

CARACTERES DE ORDEN VOLITIVO:

Tenacidad, testarudez, energía, dureza, librearbitrismo, orgullo; todas estas notas de su carácter me parecen una especie de ciclo ascendente al través del cual va pasando la gama de sus actitudes, según sea el ideal que persiga, pues cuando éste falta, su actitud suele caer en profundo desaliento. Desde luego que su energía, su actividad, denota un fondo insospechado de fuerza contenida, capaz de realizar las mayores empresas, rayando en lo legendario e inaudito; la historia da abundantes pruebas de ello. La conciencia de este poder-hacer, de esta energía y de los resultados por ella obtenibles, es lo que le confirma en su convicción de que es portador de un principio insobornable, mediante el cual puede llegar hasta la conquista de Dios, cima última y única que puede calmar sus anhelos; de aquí nace su sentido de la libertad, que no es otra cosa que una consecuencia del ejercicio heroico de la voluntad en la prosecución del bien total para su persona.

A esta expansión de sus energías interiores suele seguir una caída vertical en el desaliento, que le conduce forzosamnte al conformismo y al fatalismo. El orgullo español puede adoptar una doble significación: es virtud en cuanto supone el menosprecio de los valores inferiores, por vivir en la seguridad de alcanzar los superiores mediante su esfuerzo libre y consciente y con la cooperación de la gracia divina; es defecto si se mantiene engreído vanamente en su nuda capacidad de acción, sin acometer empresa alguna, y lo que es peor, habiendo salido derrotado de tales empresas, haciendo "trofeos de sus propias derrotas"

CARACTERES DE ORDEN SENSITIVO:

Hay en el español una propensión innata a tratar con las cosas mismas, sin atenuarlas, tal cual se dan a nuestros sentidos. Este mundo es real y hay que contar con él a la manera de Sancho que mira a los rebaños de ovejas, como tales rebaños, al trigo, como trigo y no como perlas menudas de oro, y a Dulcinea, como Aldonza Lorenzo y no como la simpar Dulcinea del Toboso que soñara Don Quijote; en una palabra, mira a las cosas y a los hombres, en su "realidad de verdad", como apunta Zubiri. De aquí su sentido práctico y activo del que habla Menéndez y Pelayo, o mejor, el realismo español que subraya Ganivet y con él toda la generación del 98, y que transparece en la literatura, en la pintura y aún en la mística española. A este realismo que ha venido a constituir en el transcurso de la historia una segunda naturaleza se debe, en mi sentir, que el pensamiento filosófico español haya hecho suya la filosofía aristotélica y tomista, antes que ninguna otra, por estar más en consonancia con el testimonio de sus sentidos, o mejor, con la violencia con que las cosas y los hombres operan sobre éstos, imponiéndoles su presencia obvia e ineluctable.

CARACTERES DE ORDEN SOCIAL:

El elemento anárquico va implícito en el individualismo y no puede menos que operar sobre la constitución social de España. En todas las esferas de la vida se observa siempre esa actitud, que más que un menosprecio a la autoridad, se presenta como un afán de hacer sentir a los demás y a sí mismo su propio valer, su propia autonomía, en cuanto se considera portador de una energía capaz de todo lo humanamente posible.

No es, pues, el español un ser privilegiado, en el sentido que corrientemente se da a esta palabra, pues no se considera por encima de los demás hombres, sino en el sentido de ser él mismo su propia ley, su propio destino. De aquí la dificultad que siempre existe para el diálogo, para el intercambio humano, el acuerdo racional indispensable para la convivencia social. Súmase a esto el menosprecio por los valores inferiores de la vida, valores que en gran parte sólo pueden disfrutarse dentro de un orden social efectivo; este menosprecio le obliga a pasar su vida anhelando los valores supremos, ya antes indicados, por lo que no atiende sus deberes sociales, manteniéndose encerrado en su aislamiento psicológico, en la espera siempre del poder realizar sus aspiraciones primordiales. Ahora bien, basta que se presente el peligro de que estas sus aspiraciones elevadas puedan verse amenazadas, para que los españoles se

den íntegros a la común empresa de preservarlos y salvarlos a como haya lugar, manifestando entonces un espíritu de colaboración que asombra, pues en esta empresa se manifiestan las altas dotes de heroísmo, de fe, de tenacidad y de tantas otras virtudes que enaltecen al español.

CARACTERES DE ORDEN MORAL:

Lo fundamental en el español es el sentido de su valer en cuanto hom bre; ha hecho suya, nos dice Ganivet, la máxima del senequismo: Procede siempre de tal modo que al menos pueda decirse de tí que eres un hombre. Menéndez Pidal encuentra antecedentes a esta actitud aún en la época preromana, y la encuentra confirmada en todas las épocas de la historia. Esto explica su sentido heroico de la vida, su sobriedad, sobriedad del vivir como dice López Ibor, para sí y para la vida eterna. La sobriedad para sí, puede explicar en parte su individualismo, su tradicionalismo, su misoneísmo, y todavía más, la invidencia y la envidia, en cuanto supone un enclaustramiento, un volver las espaldas al mundo en torno, y, sobre todo, a la realidad interior de los otros "yoes", por considerarse abastecido con su propia valía personal. La sobriedad para la vida eterna le lleva a salir fuera de sí, pero no para vincularse con sus semejantes en virtud de un reconocimiento de sus limitaciones y en un afán de enriquecimiento por el trato social, en cuanto tal, de desarrollo de su personalidad por la comunicación, sino en cuanto todos aparecen vinculados a los mismos ideales supremos que hay que salvar por interés particular; y en este caso la relación no va de individuo a individuo, o mejor, de persona a persona, sino de cada español con Dios, para decirlo todo de una vez. Ante Dios todos somos iguales, todos podemos salvarnos, todos somos hermanos. Se da, pues, un salto de la propia situación personal a la situación transpersonal en Dios; es el ansia de eternidad de que habla Américo Castro, sin pasar previamente por nuestras relaciones con la comunidad cristiana de nuestros semejantes, en cuanto comunidad.

CARACTERES DE ORDEN RELIGIOSO:

Nota fundamental del hombre español es su vivir en función de la muerte. Su idea de la vida le lanza forzosamente a su último fin y le plantea el problema de su salvación personal. No es necesario reiterar los muchos y ya clásicos textos que frecuentemente se suele aducir para probar esta afirmación. Muerte y salvación son los dos polos de la conducta de todo español que le inquietan y le traen desasosegado, y en algunos casos muy conocidos, angustiado. De aquí que el carácter predominante de su religiosidad es un desvivirse, así como suena, un estar como en constante agonía, en lucha a muerte por conquistar su salvación. Y aun cuando no se da este estado de lucha en forma permanente a través de toda la vida y en todos los individuos, al menos puede afirmarse que la inseguridad de la conciencia opera de tal manera en la mayoría de los españoles, que no les deja vivir esta vida, saborearla con gusto y tranquilidad, con absoluta despreocupación, pues siempre reaparece allá en su soledad interior aquel impulso contenido o mal reprimido que le lanza a las altas cimas de lo eterno y que no puede quedarse satisfecho con el goce de lo fugaz,

mudable y perecedero. Y por idéntica razón, su sentido de la caridad para con el prójimo se pone en acción, como lo decíamos en el párrafo anterior, para salvarle el alma fundamentalmente, para salvarle de la muerte eterna; en torno de esto surgen instituciones y obras perdurables de gran valor en la historia de la civilización occidental, pero todas preocupadas siempre por resolver este fundamental problema de la vida humana, y de aquí el que muy bien puede definirse este carácter religioso como una acción de tipo misional.

No se ve, pues, una religiosidad preocupada por la salvación de la vida humana, con sus valores nobles y legítimos, una caridad preocupada por el pan "nuestro" de cada día, por el incremento del bien común, en orden a los bienes materiales, a la técnica, la salud, la cultura en general. Y como esta empresa es de tipo personal, cada uno procura alcanzar su meta por su acción individual, cultivando todas las formas de la vida religiosa, pero sin llegar a sentir nunca, ni a convencerse, de que la verdadera Ciudad de Dios empieza ya desde este mundo.